

dad y reanima el fervor. Por consiguiente, amados hermanos, sean estos ejemplos nuestro espejo, nuestra regla, nuestra guía, y de esta suerte experimentaremos también nosotros los benéficos efectos de aquella misericordia, que se derrama sobre cuantos la veneran con amor filial.

DISCURSO XXVI.

ALABANZAS DIVINAS.

Laudem dicite Deo nostro.

Alabad á nuestro Dios. (Aroc. XIX, 5).

En todas partes resuenan las alabanzas á Dios. Los ángeles las cantan, y criados en medio de inmensos resplandores, asistiendo en innumerables filas, y sirviendo obsequiosos delante del Antiguo de los días, sentado en magestuoso trono, contemplan sus bellezas, adoran sus perfecciones, y entonan á coros el himno que oyeron Isaías (1) y Juan (2) en sus extáticos arrobamientos. Cantan las alabanzas de Dios la aurora, cuando viste de púrpura los campos del espacio; el sol, cuando sale coronado de radiantes rayos; la luna, cuando aleja las tinieblas de la noche; las estrellas, cuando brillan en el altísimo pabellon suspendido sobre nuestra cabeza; el mar, cuando está tranquilo y cuando se levanta en tempestad; los montes y los prados, los ríos y los torrentes, el excelso cedro del Líbano, y el humilde hisopo del valle. Cantan las alabanzas de Dios los animales irracionales, la innumerable familia de los peces, el reino inmenso de los pájaros, la inmensa multitud de bípedos, de insectos, de reptiles y de cuadrúpedos. Cantan también las alabanzas de Dios los hombres, y al cantarlas se diferencian de las aves del cielo y de los animales de la tierra en que éstos no han modulado nunca una oracion, ni han construido un altar, al paso que los hombres han practicado la religion, aún en el estado de barbárie, en todos los puntos del globo.

Entre estas voces se distingue una que es la más armónica, la más

(1) ISAÍAS. VI, 3.

(2) AROC. IV, 8.

inmaculada y santa: la voz de María. La Virgen no puede dejar de alabar á Dios, y le alaba con tanta admiración, con tal reconocimiento, con tanto afecto, con tanta poesía, y con tales transportes sublimes, que nunca Dios ha sido tan dignamente alabado. En la sexta estrofa del *Magnificat*, prosiguiendo en la magnífica epopeya de las divinas grandezas, dice: El Señor hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Meditemos un poco, hermanos míos, estas sublimes palabras, veamos que maravillas se verifican bajo la mirada profética de María; ellas nos inducirán á enamorarnos también nosotros de las divinas alabanzas. ¡Quiera Dios, que cantando, á imitación de María, sus glorias en la tierra, podamos cantarlas eternamente en el Cielo! Pidamos esta gracia por la intercesión de la misma Virgen: A. M.

María, al hablar del poder de Dios, no se refiere á aquel poder con el cual cumplió el milagro de la creación, puesto que emplea las palabras: *su brazo*; palabras que indican un poder mayor, si cabe, que la misma omnipotencia. Dios no tuvo necesidad de servirse de su brazo, ni cuando creó la luz; y bien que como la primogénita entre todas las criaturas visibles, fuese el principio de toda belleza y el principal ornamento de todas las cosas, la llamó para que brillase por su sola indicación (1). Y cuando crió los cielos, por encantadores que sean por el brillo de los astros, y el azulado firmamento, que parece sembrado de diamantes, no empleó más que sus dedos (2). Al formar el cuerpo del hombre, tan admirable en la hermosura de su rostro, en la armonía de las perfecciones, en la magestad del aspecto, y en los miembros colocados convenientemente y á propósito para sus funciones respectivas, solo se sirvió de sus manos (3). Y en la creación del alma, por más que dotada de razón y rica de inteligencia, pudiese elevarse hasta Él, y ocuparse de sus soberanas bellezas, solo empleó su soplo (4). Es evidente, pues, que María, hablando de un poder, para el cual no se sirvió de sus palabras, ni de sus dedos, ni de sus manos, ni de su soplo, sino de su brazo, habla de un poder superior á aquel, mediante el cual crió la luz, los cielos, el cuerpo y el alma del hombre.

(1) GEN. I. 3.

(2) PSALM. VIII, 4.

(3) JOB. X, 8.

(4) GEN. II, 7.

Y así como no habla del poder manifestado en el milagro de la creación, tampoco lo hace del poder con que obró otros milagros delante de las naciones, ya que tampoco en estos empleó Dios todo el vigor de su brazo. Sin duda se mostró poderoso cuando, abiertas las cataratas de los cielos y los torrentes del grande abismo, destruyó hombres y animales en horrible confusión de tempestuosos remolinos; pero, para aquel tremendo castigo no se sirvió de su brazo, sino que empleó las aguas. Se mostró poderoso cuando con globos de humo, torrentes de llamas é inundaciones de fuego arrasó á Sodoma y á las demás ciudades de la inmunda Pentápolis; pero, para aquel castigo no se valió de su brazo, sino del fuego. Se mostró poderoso cuando, sueltas las olas del Eritreo en furias de deshechas tormentas y de aterradores bramidos, sumergió en ellas al pertinaz ejército de Faraón; pero, en aquel hecho memorable no se sirvió de su brazo, sino del mar. Se mostró poderoso cuando para confundir el orgullo de Senaquerib cubrió los campos de cadáveres, pasados al filo de la espada en una noche los generales y los soldados, que sostenían un riguroso sitio contra Jerusalén; pero, para aquella mortaldad no empleó su brazo, sino que se valió de un ángel. Por eso, al decir María, que Dios hizo alarde de poder, no por medio de las aguas, del fuego, del mar ni de los ángeles, sino de su brazo, refiérese á un poder, no solo mayor que el que manifestó en el milagro de la creación, si que también que el manifestado con los demás milagros delante de las naciones.

Con frecuencia en las Sagradas Escrituras, las palabras *brazo de Dios* significan el Verbo Encarnado. En este sentido celebra María el poder del brazo divino. Con la mirada penetrante de la fé y del amor observa las maravillas del mundo de la gracia, ignoradas de la orgullosa razón, y entre estas maravillas contempla la Encarnación del Verbo como la mayor de todas. Ve al Criador del Universo encerrado en sus entrañas; ve hecho Hijo suyo al Hijo de Dios; ve al Rey de los monarcas confundido en las pompas de las humillaciones y de los padecimientos; pero, al mismo tiempo, observa que, aparecido en medio de la Judea, santifica sus collados con la predicación, ilustra sus riberas con prodigios, é inunda el país de curaciones. Iluminada por celestiales resplandores, penetra hasta en los últimos secretos del misterio de la Redención del mundo, nacen en su corazón infinidad de afectos, y en el transporte de la admiración, de la gratitud y del gozo, no puede ménos de celebrar la obra más luminosa de la omnipotencia divina.

He dicho: *la obra más luminosa de la omnipotencia divina*, puesto que precisamente ésta es su obra maestra. En verdad, no es de maravillar, que los cielos publiquen la gloria del Señor y el firmamento anuncie la grandeza de las obras de sus manos, conociéndose las cosas invisibles por medio de las visibles, y haciendo las criaturas la corte al Criador; pero, que Dios, purísimo, se vistiese de carne, y encerrase su inmensidad en estrechos límites; que reuniese juntamente la gloria y la miseria, la fortaleza y la debilidad, la eternidad y el tiempo, la bienaventuranza y los padecimientos; hé ahí lo que no pudo prever, ni aún remotamente, ninguno de los filósofos antiguos, y que sin la luz de la fé no se podría comprender de ningún modo. Este es el milagro totalmente nuevo, vaticinado por Jeremias (1); milagro estupendísimo, milagro muy superior á lo que puede concebir la razón humana; milagro ante el cual la creación es como nada, pues, al paso que la creación del mundo se dice que fué un juguete del dedo de Dios, la Encarnación es llamada por excelencia la obra del Señor. En efecto; Dios pudo criar otros mil mundos, quedando su omnipotencia como si nada hubiese criado; pero, después de la Encarnación, Dios no podía pasar más adelante, puesto que la infinidad de sus actos y la grandeza de su omnipotencia se consumió toda en la Encarnación. Por eso María, empleando el lenguaje de los Libros sagrados, y sabiendo que cuando en ellos se trata de una grande obra se dice: que Dios ha puesto su dedo; que cuando se trata de una obra más grande se afirma: que Dios ha empleado su mano; y que cuando de una obra grandísima, y de la mayor de todas, se dice: que ha empleado su brazo; se sirve de esta última expresión para significar el prodigio de los prodigios verificado en la Encarnación del Verbo.

De otro modo celebra María la omnipotencia de Dios manifestada en la Encarnación, y consiste, en la consideración de que su Hijo se ha hecho hombre. El hombre había pecado, y el pecado injuria la magestad divina, irrita su justicia, ofende su bondad, desprecia su grandeza, deshonor su santidad, conculca sus divinos preceptos, y vilipendia sus perfecciones divinas; por consiguiente, bajo el punto de vista de la ofensa á Dios es una maldad infinita, una infinita ingratitude, y un mal verdaderamente infinito. Sin embargo; Dios, que odia al impio y á su impiedad, ya que con ser santísimo quiere que el hombre sea como Él santo, y se le asemeje, puesto que fué criado

(1) JEREM. XXXI, 22.

á su imagen; Dios, que siendo por sí mismo dichoso y felicísimo, no necesita de nosotros, criaturas miserables; Dios, á quien el hombre corresponde tan mal, no solo está pronto á usar de clemencia, sino que desciende á tal grado de dignación, que defiende su causa, paga sus deudas, satisface por sus pecados, y en vez de vengador, como debería de esperarse, se convierte en su Salvador. Este prodigio, que es el mayor de una caridad inmensa, y que corazón alguno hubiera podido esperar, se ofrece á la consideración de María. Así, pues, se goza; y como si dirigiese la palabra á todos los pueblos y á todas las generaciones, para saber si tuvieron jamás noticia de tan asombrosa benignidad, segura de que ningún pueblo ni generación la recibieron, reconoce en ello el brazo de la omnipotencia divina.

Y se alegra con tanto mayor motivo, cuanto con tan estupendo prodigio ve borrado el pecado, y el hombre elevado á una gracia infinitamente superior á la que tuviera anteriormente. Con mucha razón, pues, el Apóstol, atónito á la consideración de tan generosa benignidad, pudo afirmar, que la gracia abundó sobremanera donde abundó el delito; porque, si el pecado había sido enorme, la redención fué copiosa; si profunda había sido la caída, sublime fué la rehabilitación; si se secó el árbol de la vida en el Paraíso terrenal, floreció más lozano en el místico campo de la Iglesia; si fueron grandes los dones de naturaleza, mayores fueron los privilegios de la gracia; y si la dignidad del hombre apareció luminosa en la creación, se ostenta más brillante en la obra del rescate.

Pero, la mente de María penetraba incomparablemente mejor que el Apóstol en las maravillas de Dios. Por consiguiente, si el Apóstol, contemplando la elevación de la naturaleza humana, subida á una increíble altura por efecto de la omnipotente misericordia del Señor, se sentía arrobado en tales éxtasis deliciosísimos; ¿quién podría imaginar en qué éxtasis quedara arrobada María? ¿Quién podría medir el entusiasmo con que entonaba: *Hizo alarde del poder de su brazo?*

A estas palabras María añadió estas: *Deshizo las miras del corazón de los soberbios*, en atención á que le pasan por delante los triunfos del Verbo encarnado. Examinemos á vista de pájaro la magnífica epopeya que se desarrolló hace dos mil años en los montes de Hebrón bajo la profética mirada de María, y nos veremos obligados por nuestra parte á repetir con la Reina de los Profetas: *Deshizo las miras del corazón de los soberbios*.

Los primeros que se rebelan contra Cristo son los Judíos. Antes de nacer, no quieren recibirle en medio de ellos; y apenas nacido, le

persiguen de muerte. Por odio, por envidia y por conjurada ambición de espíritus soberbios, le acusan con malas artes, le calumnian, le maldicen, le abofetean, le azotan; y le conducen á un fin tan trágico é ignominioso, que entrega su espíritu en un infame madero como un público malhechor. No obstante, cambia la escena: un tremendo castigo, precedido de rayos, cae sobre su cabeza; sus casas caen bajo los golpes del ariete romano; es incendiado su Templo; su país es anegado en sangre; sus sacerdotes, sus mujeres y sus hijos son muertos al filo de la espada de ejércitos enemigos, y hasta son reducidas á pavesas las ruínas de sus pasadas grandezas. Ahora los Judíos, arrojados del pátrio suelo de Palestina, sin sacrificio y sin altar, no pueden reunirse en un punto concéntrico de union, incapaces de borrar de su frente la torpe mancha del cometido delito. El poder del brazo divino les ha derribado, al paso que triunfa aquel Jesús á quien, embriagados de loco delirio, dieron muerte cruel.

Los paganos suceden á los Judíos. Aquellos que viven encenagados en la podredumbre de todos los vicios, no pueden gustar de la doctrina de Cristo, que prescribe la humildad, la modestia, la justicia, la mortificación y la penitencia. Ébrios de cólera, se levantan para acabar con los cristianos; corren á los anfiteatros para verles despedazados entre las garras de las hienas y de los leones; aplauden con estrépito cuando les miran abrasarse en medio de colosales hogueras; y aullan de contento cuando son ahogadas tiernas vírgenes entre las espirales de serpientes que las devoran. Ellos creen vencer por medio de horrendas y crueles carnicerías; pero el paganismo pasa. Acaban los espectáculos sangrientos, no se habla ya de Júpiter Capitolino; y los Nerones, los Tiberios, los Claudios, los Calígulas y los Caracallas se dispersan bajo el poder del brazo de Dios.

A los paganos suceden los hereges. Hombres perversos y corrompidos, audaces y soberbios, impugnan los dogmas y la moral de Cristo. No es cosa fácil expresar las varias fases de la nueva guerra, puesto que son tantas, cuantas fueron las diversas circunstancias de los tiempos en el transcurso de los siglos. Los orgullosos imaginan hallarse próximos á cantar victoria; pero esta victoria se desvanece: bajo el poder del brazo de Dios desaparecen las herejías y los herejías.

Los bárbaros suceden á los herejes. Del Norte de Europa y de Asia, como torrente devastador, que, traspasadas las barreras se adelanta triunfante é invencible, los Hunos, los Godos y los Longobardos se precipitan sobre el Occidente. Se apoderan de las más be-

llas provincias, destruyen los edificios, matan á sus moradores; muy presto las florecientes ciudades se convierten en montones de cenizas y de ruínas. ¿Que será de Cristo y de su religion? ¡Cosa admirable! Los bárbaros truecan las lanzas por arados para labrar los campos, las mazas en instrumentos para los diferentes oficios y artes, y las cohortes guerreras se convierten en piadosas cofradías, que ayudan á los Religiosos en levantar templos al Señor. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

A los bárbaros sucede la falsa ciencia. Los enemigos de Jesucristo cavan las entrañas de la tierra, escudriñan todo resto de monumento antiguo, interrogan á la Geología, á la Arqueología y á la Astronomía, para que pronuncien una palabra contra Aquel que es el Padre de la verdad. Sobrados de presuncion, suponen haber logrado el objeto á cualquier nuevo descubrimiento. Mas es cuestion solo de tiempo. Los verdaderos sábios se congregan, examinan los argumentos aducidos, descubren sus falsedades, conocen su nulidad, hacen patentes los errores ocultos bajo bellas formas, muestran que la Geología, la Arqueología y la Astronomía deponen á favor de la enseñanza católica, y ofrecen una prueba evidente para concluir, que quien estudia poco con doctrina adquirida en un día puede ser ateo, pero, que el que estudia mucho con doctrina meditada profundamente, cree, al fin, por conviccion. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

A la falsa ciencia suceden las revoluciones. Se sirven del martillo para destruir el madero de la Redencion, son despojados los altares, las Basílicas se convierten en cuarteles, ó en inmundos establos, se transforman en cátedras de pestilencia las cátedras del Evangelio, y se colocan impúdicas mujeres sobre el trono de Cristo. Los pretendidos espíritus fuertes pronuncian impías arengas contra los más augustos misterios; los periodistas derraman en cada página hiel y veneno contra lo más santo y sagrado; y se oyen blasfemias más terribles que las que oyó el Calvario. Pero las olas de la iniquidad son como las olas del Océano, que, llegadas al límite señalado por la mano divina, no pasan más allá. Los grandes malvados, que arrastran á los obcecados á frenéticas revoluciones, no escapan á los golpes de la celestial venganza; individuos de toda clase entran en el gremio de la Iglesia, y las regiones remotas extienden los brazos al Cristianismo. Jesús triunfa con el poder del brazo de Dios.

Estos son, hermanos míos, los sorprendentes espectáculos que se agrupan bajo la extática mirada de María. Ve que surcan el mar mi-

llares de embarcaciones, se taladran los montes, se cortan istmos, se unen continentes, se viaja con ferrocarril, se enlaza toda la redondez del globo con hilos telegráficos, y que todo sirve para los triunfos de Jesús; que á Jesús cede la razon rebelde, la fuerza brutal, la corrupcion de los corazones, el amor carnal, la guerra del hierro, de los sarcasmos, de las blasfemias, del cinismo, de la mentira, de la calumnia, de la envidia, de la audacia y de la disolucion: por eso abre sus lábios y dice: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

Las expresadas palabras de María deben consolarnos en la tremenda prueba por la cual atraviesan hoy todas las naciones. Ciertamente, es inmenso el número de los que hoy afligen la religion de Jesucristo, poderosos los enemigos, y formidables los medios de que disponen para herir. ¿Mas, qué importa? ¿Creeríamos, acaso, que la maldad de los hombres pueda borrar los planes de la Providencia, ó que Jesucristo pueda ser vencido por el diablo? Nó, mil veces nó; cualesquiera que sean los sucesos, el último resultado será siempre el mismo de hace diez y nueve siglos, ó sea: la victoria de Cristo y de su Religion.

Por lo tanto, entonemos, á imitacion de la Santísima Virgen, las alabanzas divinas. Si nuestros contrarios, ofuscados por el brillo de prosperidades momentáneas, se rien de nosotros, y nos califican de supersticiosos, dejémosles decir, consolándonos con recordar las épocas hechas famosas en las historias, en las cuales se han verificado maravillosamente las promesas del Señor. Así, pues, tengamos fé, la cual nos animará, aún en medio de las más espesas tinieblas, á esperar la luz de mejores días, de los cuales es precursora, aunque en lontananza, la naciente aurora. Acaso será preciso pasar todavía algunos años, tal vez deberán desarrollarse una larga série de sucesos; pero, tarde ó temprano, la Religion de Jesucristo cantará como María: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

DISCURSO XXVII.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE DIOS.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.
 Derribó del sôlio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. (Luc. I, 52.)

Luego que Moisés hubo pasado á pié enjuto el Mar Rojo acompañado de su pueblo, y hubo llegado con toda seguridad á la opuesta orilla, al ver sumergidos en aquellas aguas á los pertinaces perseguidores del pueblo Hebreo, dijo: Entonemos un himno al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, precipitando en el mar al caballo y al caballero. Como valiente campeon ha precipitado en las olas los carros de Faraon, á su ejército, y á sus conductores: todos quedan sepultados en los abismos, y se han hundido como una piedra hasta lo más profundo. El enemigo habia dicho: Iré trás ellos, y los alcanzaré; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano: repartiré los despojos, y mi venganza quedará satisfecha. Empero el Señor sopló su espíritu, y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

Un espectáculo semejante se presenta á la vista de María, con la diferencia, de que Moisés habla de los castigos impuestos tan solo á los de Egipto, y de los premios concedidos solo á los hijos de Israel, y la Virgen se refiere á los rayos descargados sobre todos los orgullosos que se sirven del poder para ofender á Dios, y de las gracias concedidas á todas las personas piadosas, que, conociendo su miseria, resignadas y pacientes, someten su voluntad á la divina. Así, pues, reuniendo en pocas palabras, tanto el castigo de los primeros, como la glorificacion de los segundos, dice: Dios derribó del sôlio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit*